

Yolanda Mora

Emoción y conciencia

Josué Ramírez

Yolanda Mora es una pintora dinámica, de cambios constantes, sutiles a la vez que profundos. Hay, en las diferentes etapas de su obra, una constante: en cada pieza algo de ella, su mirada, deposita su punto de vista, su postura. Y lo hace como una forma concreta de entender el sentido de ejercer su vocación y su talento: una pasión por visualizar sensiblemente el mundo. No es una artista que pueda ser clasificada en su arte, porque no parte de un discurso que predetermine el objeto producido sino que sabe muy bien abrirle paso al azar, el resultado del accidente, ese gesto libérrimo de quien se sabe parte de un complejo donde entran en juego el conocimiento y la intuición, la intención y el sentimiento. Desde mi punto de vista, esto la distingue y la suma a una larga y fuerte tradición de artistas plásticos que no han respondido a las modas ni a las presiones temáticas en boga, pues lo suyo es el resultado de una introspección crítica y creadora.

En este conjunto de cuadros que hoy me ocupan, Yolanda Mora deposita todo su conocimiento sobre la composición estructural y cromática, en cada uno imprime una fuerza expresiva tal que su experiencia plástica se revela, una vez más, como una suma de recursos técnicos aprendidos, puestos en práctica, en diferentes momentos y con resultados diversos a lo largo de una vida dedicada al arte con plena libertad. Su dominio de las formas, presente en ella como una pasión por conocer a fondo los procesos creativos de la plástica, el uso sensible de los materiales fusionan la condición matérica de la naturaleza y la capacidad sensorial de la percepción estética. El resultado es este rico entramado de estímulos a partir del color, de la pintura como extensión de un estado emocional a la vez que una conciencia clara de las posibilidades comunicativas del color, la textura, las formas sugerentes. Así, estas pinturas adquie-

ren, como otras obras suyas de carácter figurativo, un sustrato poético, es decir, sugestivo y evocativo.

Sé, estoy convencido de ello, que Yolanda Mora se sabe parte de un complejo histórico donde la abstracción en la pintura ha llevado a esta a extremos vertiginosos y sutiles. La acción pictórica y la superficie lograda a partir de la superposición del color no son basamentos teóricos sino representan puntos de partida para un ejercicio libre del arte de pintar. Esta consciencia, la de formar parte de una práctica que ha conocido varias clasificaciones, según el momento y situación geográfica, pero cuyo eje se conoce como expresionismo abstracto, no es asumida por Yolanda Mora como una delimitación ni un fin en sí mismo, sino como un espacio abierto a múltiples, si no es que infinitas, posibilidades de la pintura en el presente siglo. Con esto quiero subrayar que, al igual que otros pintores de su generación, Mora no teme al vaticinio incumplido de la muerte de la pintura, pues en la práctica comprueba que la intelectualización del arte y la pintura abstracta son dos respuestas claramente diferenciadas del arte moderno frente a la vorágine del progreso. Hijos de la modernidad, el arte conceptual y la pintura abstracta —esto es algo que más de un historiador de las ideas o distintos críticos sociales, culturales, literarios y de arte han señalado puntualmente— nacen como una respuesta crítica frente al desmedido progreso que niega la subjetividad del individuo, la persona, en pos de una objetividad estandarizada. Mora es, pues, una artista plástica que se inserta no en las corrientes de una estética, cuyos parámetros en México parten de la Ruptura, ni en los anales determinados de una escuela ayer crítica y ahora conservadora, sino en la más alta exigencia de autenticidad pictórica, donde el acto, el gesto, la intención son la puesta en práctica de un conocimiento sensible del mundo.

En un mundo donde la aceleración y la reproducción de la imagen forman un mensaje que vale más que mil palabras, la pintura encuentra nuevos recursos para llevar al espectador a un espacio de contemplación consistente. Esos recursos son su poética, el potencial sensitivo de su abanico análogo. Cuando uno se detiene a ver alguno de estos cuadros experimenta un estado alucinante de apariciones, de figuras fugitivas que brotan de lo que a partir de la aplicación del color Yolanda Mora plasma, sin negarse al accidente, al azar. No se trata de gratuidad o de efectos ópticos, sino de un estado lúdico del espíritu, de una actitud franca convertida en transparencia cromática, en placer plástico, es decir, dúctil. Pero esto tiene, como quería el poeta de *Un tiro de dados*, su génesis dinámico en el azar. Porque aun y cuando la intención de una obra sea clara, esta no abolirá los resultados imprevistos. Así, ante una pintura de Yolanda Mora, la imaginación del espectador se dispara y puede encontrar esta o aquella figura, esta o aquella forma análoga: un cuerpo celeste, un río, un pie, un algo que se

asoma a través del color, la pincelada, una vista aérea. Ahí, el concepto que subyace a todo entramado compositivo se convierte en riesgo y en una verdad pasmosa: una pintura no puede venir de nada sino de algo concreto. Nace de un acto de repetición, de un volver una y otra vez a verter en la superficie del cuadro ese conocimiento matérico, pictórico, que se tiene del sentido, el significado de la pintura en el mundo actual. Una riqueza de matiz y expresividad que no se agota. Eso es parte de lo que a mí más me fascina cuando observo, miro, contemplo estos cuadros que Yolanda Mora obsequia a un mundo de excesos de simulación, de hiperinformación vacía que busca alejar a las personas del gozo auténtico, de la percepción sin prisas.

Veo, en el cuadro titulado *Del error*, o más bien se me aparece, una criatura siniestra, que al igual que el hombre sale de la caverna, pero esta no es la tierra sino el artificio, la creación de la soberbia humana. En *El trueno* observo esa violencia momentánea que divide. En *Del cielo a la Tierra* la geografía de lo diverso es un festín de colores armónicos. En las cosas que veo, que se me aparecen como voluntad de representación abstracta, el color, su aplicación, es un impacto que me incita a imaginar, como cuando estoy mirando las nubes o las humedades en los muros, figuras fugitivas, instantes de significación pasajera. Si no fuera por la puntualidad de los títulos otra sería la azarosa asociación libre de mis referentes. Así, en *Sin título*, un sexo femenino toma forma y rápidamente pasa a ser un mapa de México estilizado en mitad de un tormentoso fenómeno atmosférico. Fluyen los referentes como, imagino, fluyeron con libertad los colores y sus no formas de esa extensión de la mano de la artista. Surgen y fluyen ante Yolanda Mora las posibilidades de la pintura y quedan en el lienzo como una constatación de un conocimiento asimilado con paciencia y decantado con el cuidado de quien se sabe responsable, parte de una tradición cuya esencia es renovarse, reinventarse cada vez que el impulso de pintar aparece como una imperiosa necesidad de transmitir, contagiar, ese conocimiento no discursivo sino sensorial, asimilado al cuerpo, a la invisible intuición, voz y canto del espíritu convertido en color.

Mis aseveraciones son apenas un tanteo, una aproximación no analítica ni comparativa ni definitiva; son esencialmente una puesta por escrito del placer que desatan en mí las pinturas abstractas de Yolanda Mora; son la adherencia de mi gusto por la obra de una pintora cuya obra he seguido con interés y entusiasmo, de quien escribí la hoja de sala en una de sus exposiciones iniciales, *Sobre paisajes*, en 1991. Son las convicciones de un espectador que reflexiona acerca de lo que ve y sabe es parte del conocimiento de una artista dueña de sus medios expresivos y capaz de una fuerza y sensualidad impar.



Yolanda Mora